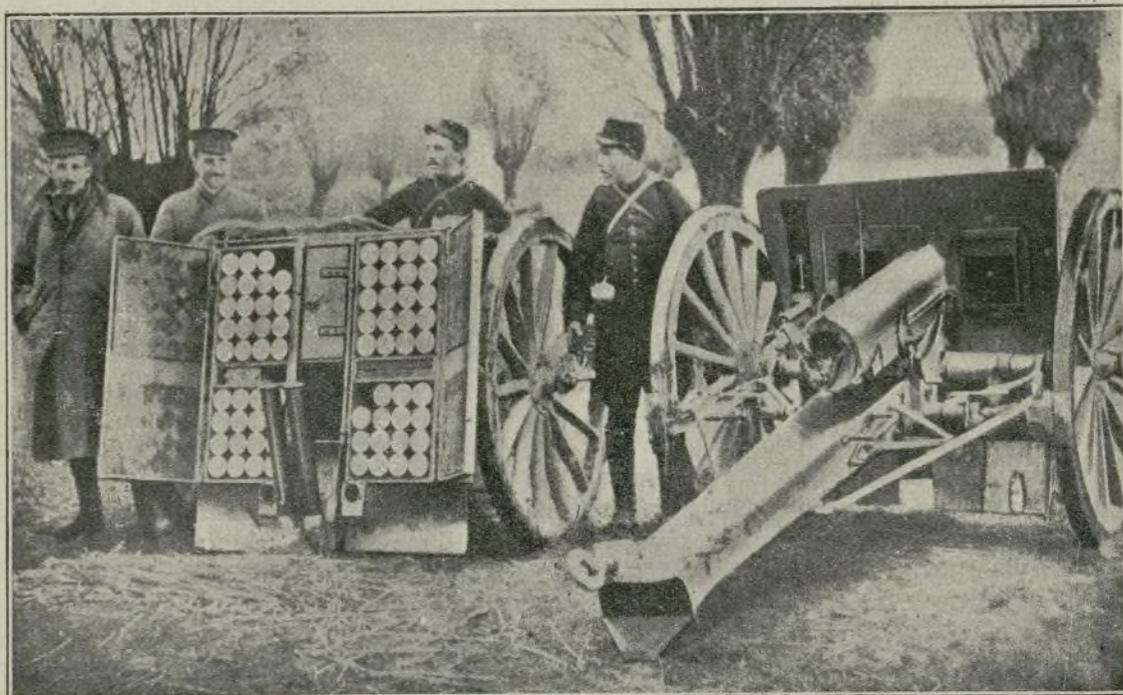


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 69.—BARCELONA 17 DE SEPTIEMBRE DE 1915



Cañón francés de 75 milímetros

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. La situación interior de Rusia.—II. Alemania y los Estados Unidos.—III. Los pueblos balcánicos.—IV. El relevo del Gran Duque Nicolás

I.—La situación interior de Rusia

Al rebasar las tropas alemanas las fronteras orientales de Polonia e interponerse entre la Rusia propiamente dicha y la región del S., antigua nación de Ucrania, algunas voces se han elevado en Kiev, pidiendo que cese para siempre la dominación moskovita de que es víctima aquel país. Se trata de la manifestación de una minoría, poco numerosa, pero el síntoma no debe ser echado al olvido. Inspiran todavía demasiado terror los procedimientos expeditos y radicales de la autocracia rusa, para que la opinión se atreva a manifestarse libremente. Con todo, es ya evidente que no se han extinguido los sentimientos nacionalistas de los muchos pueblos dominados por los rusos, oprimidos y refrenados por la fuerza, pero que continúan palpitando en lo íntimo del sér.

Esto mismo se está observando en las provincias bálticas, mal halladas con el régimen autoritario del Imperio. La reunión de los representantes de la industria, congregados para construir y fabricar material de guerra, fué más significativa aún: no sólo determinó cambios de personas en el Gobierno, sino que allí se declaró sin atenuaciones que no debía continuar el régimen administrativo que padecía Rusia. Aparte de esas explosiones aisladas de disgusto, el

punto más importante está en el misterio y a él no dedica una sola línea la prensa franco-inglesa: ¿qué opina la masa general del pueblo, la que labora y trabaja sin saber qué cosa es la política, pero que en un momento dado impone su voluntad soberana?

Ciudades y aldeas, pueblos grandes y chicos, están siendo devastados y entregados a las llamas por las tropas rusas en retirada. Es de suponer que el mando supremo haya tomado en serio la comparación pueril que se ha hecho entre esta campaña y la de 1812, y arrasa y destruye cuanto no puede llevarse: inmuebles, haciendas, cosechas, aperos, todo es pasto del incendio; ello significa la ruina para muchos años; más de un siglo transcurrirá antes de que se cicatricen esas heridas. Y centenares de miles de personas, sin albergue, ni hogar, y sumidas sin motivo y de la noche a la mañana en la miseria, van a difundir por todos los ámbitos del Imperio la desastrosa nueva: ¡los ejércitos imperiales huyen derrotados y truecan el territorio que abandonan en un inmenso desierto!

Cuando sólo se trató de Polonia, la víctima legendaria, nadie se conmovió; pero ahora el daño llega directamente al corazón de la verdadera Rusia. Suponiendo que los alemanes—se piensa, sin duda—se internen otros 200 ó 300 kilómetros tendrán que perder sus bienes aquellos que ya entregaron la san-

gre de sus hijos a la patria? ¿puede fundarse el triunfo en estos tiempos en la destrucción y el aniquilamiento de sí mismo? los que no pudieron defender las fronteras nacionales ¿están capacitados para sumir en la desesperación a la población pacífica? Inútil sería buscar hasta qué punto se han abierto paso estos pensamientos, en los periódicos franceses, ingleses y menos todavía en los rusos; al contrario, según ellos, los habitantes de Rusia renuncian gustosamente a sus medios de subsistir, y contentos y gozosos emigran a lejanas tierras, orgullosos de mendigar de puerta en puerta un pedazo de pan que llevar a la boca de los infelices pequeñuelos y de los tristes ancianos.

Porque lo grave no es la derrota, que seguramente la soportaría resignado el pueblo moskovita, sino la ruina que se le impone, sin haber conseguido retardar ni acortar el resuelto avance del enemigo. Mucho mar de fondo habrá ciertamente en el Imperio, y hemos de estar preparados a todo linaje de noticias.

Al mismo tiempo, circulará en voz baja que las ciudades de Polonia están renaciendo a más próspera vida bajo la tiranía (!) alemana; que los de casa destruyen y aniquilan, mientras que el extranjero repara y mejora.

¡Pobre Rusia! Muy de temer es que los recuerdos de la invasión napoleónica le hayan servido para tocar todo lo dañoso de hace un siglo y no cosechar nada de lo bueno. Gran parte de la responsabilidad moral incumbe a los que en cómodos gabinetes y a millares de kilómetros de aquel imperio, excitaban a los moskovitas, elogiándoles por adelantado, a ejecutar una obra de devastación que ellos no querían para su propia patria. He aquí uno de los resultados de las alianzas, cuando no responden a intereses comunes y afines.

II.—Alemania y los Estados Unidos

Cesó por fin la artificial agitación encaminada a promover un rompimiento de relaciones entre Alemania y los Estados Unidos, los dos futuros aliados de mañana. La gran república americana no pretendía más que seguir desarrollando sus industrias y su comercio, pero en modo alguno malquistarse con la nación que pronto habrá de ayudarle a realizar sus planes sobre el Canadá y contra el Japón. Y Alemania sólo pretendía que el contrabando de armas y municiones no fuera patrocinado por el Gobierno, sino sólo tolerado. Planteada en estos términos la cuestión, el acuerdo ha sido fácil, y los aliados han perdido una esperanza, que nunca debieron prohibir, que algunos creían ya realidad.

No poco habrán contribuido a este feliz acuerdo, los conflictos que estallaron en las fábricas de armas y municiones del norte de América. E indirectamente, también habrá influido la codicia inglesa, que está padeciendo una verdadera fiebre de extender sus dominios coloniales, en previsión de sufrimientos en otros puntos.

El reciente propósito de los americanos de construir una flota que sea tan fuerte como la británica, es un toque de atención, cuyo efecto en Londres se adivina fácilmente. ¿Cómo se desenvolverá Inglaterra entre Alemania, más fuerte en tierra, y los Esta-

dos Unidos, tan poderosos en el mar y en mejor situación geográfica con respecto a importantes colonias? La Gran Bretaña ha enseñado el camino, y en lo porvenir no será la única que monopolice su empleo; al aparecer un rival más joven, el viejo dominador siente cómo se estremecen sus cimientos. Se le aleja Rusia a toda prisa, se hombrea con él el Japón, le imponen condiciones los pequeños, y otros, a quienes despreciaba, le vuelven las espaldas. ¡Ahl! ¡si triunfase Inglaterra, cuán caro pagaría el mundo el aislamiento en que la ha dejado, aquel espléndido aislamiento de que se enorgullecía y jactaba! El único contrapeso está en los Estados Unidos, y ellos se aprestan a desempeñar el papel; si la fatalidad impone que siempre haya uno superior a los demás, será un lenitivo para Europa que el futuro árbitro esté más lejos de ella y tenga más a la mano buenas presas.

III.—Los pueblos balcánicos

También han cesado los apocalípticos anuncios de que Rumanía, Bulgaria y Grecia harían armas contra Alemania. Plena confirmación va teniendo lo que dijimos sobre la actitud de Venizelos, cuya figura no parece ahora tan eminente a los aliados. ¿Cuándo se persuadirán éstos de que entre las dos campañas, la literaria y la guerrera, esta última es la que impresiona más? Ni todo el mundo es Italia, ni el buen sentido ha desaparecido totalmente del planeta. Los desastres de los rusos no impresionarán acaso en América, ni en Oceanía, pero repercuten muy de cerca en los Balkanes, donde ni son ciegos, ni sordos. Obtengan victorias los aliados, reconquisten Bélgica y lleguen a Constantinopla, y sin necesidad de gastar tinta verán aumentadas sus fuerzas; pero si se limitan a soportar con paciencia los duros golpes del enemigo ¿cómo pretender que haya quienes abracen con entusiasmo el partido de la derrota? ¡Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te vale! Máxima que en estos tiempos debiera esculpirse en letras de oro, de gran tamaño, en los gabinetes de los gobernantes.

IV.—El relevo del Gran Duque Nicolás

Por un ukás imperial, el czar ha relevado del ejército ruso en Europa a su tío el Gran Duque Nicolás y le nombra virrey y comandante en jefe de las tropas del Cáucaso. En el decreto se elogia el gran valor del Gran Duque y se menciona su celo, pero no se añade una palabra acerca de su pericia, ni de sus dotes de mando; es un rasgo de prudencia y tacto digno de elogio. Este relevo es el reconocimiento más palmario de la gravedad de la derrota rusa y de lo crítico de la situación en aquel Imperio.

Pero más importante que el relevo, es el hecho de haber asumido el czar el mando personal del ejército. Claro es que tendrá a su lado un general que será el jefe efectivo; con todo, la responsabilidad de lo que ocurra recaerá en adelante sobre la persona del soberano. Cuando se acude a esta medida suprema es que no hay más resortes que tocar. Y bien claro lo denota el rescripto, en cuyo texto se omiten las esperanzas de victoria, y se dice que se propone «salvaguardar con él (el ejército) el territo-

rio ruso contra los atentados del enemigo». Es la confesión de la derrota, y una lección a esos escritores frívolos que tomaron a su cargo el desairado papel de propalar que el pueblo ruso aceptaba resignado y hasta contento los desastres y que el Gran Duque se conducía con extraordinaria sabiduría e innegable habilidad abandonando al enemigo provincia tras provincia, todas las fortalezas, millares de cañones y centenares de miles de soldados. El buen sentido, la seriedad, han venido esta vez de Rusia.

Cuando las cosas llegan a cierto grado, no cabe disfrazarlas ni ocultarlas. Los hechos son como son y no como se los pretenda interpretar, y sus consecuencias no dependen de los alegatos periodísticos.

¡Cuánto iríamos ganando si todos los beligerantes ajustaran su conducta, en lo relativo a información, a la de los imperios centrales! Exponer los hechos, y omitir los comentarios. De lo contrario, la verdad que, como ahora ha sucedido con el relevo del Gran Duque, acaba por abrirse paso, produce un efecto mayor de presión sobre los ilusos.

F. LARIN.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

El moribundo y sus parientes

—Si, señor, a mi juicio, Rusia está en el caso del enfermo moribundo.

(El señor A).—Pronto entierra V. a los gigantes, don Subrio.

—Son tan mortales como los pigmeos, y si abusan de sus fuerzas, más.

(El señor B).—Se necesita atrevimiento para comparar a un pueblo pletórico de fuerzas y energías con un moribundo. Cada día exagera V. más.

—¡Qué quiere V.! Me contagio con la lectura de los periódicos aliados. ¿Repasemos la colección, aunque sólo sea la del último mes?

(El señor A).—¡No, por Dios! ¡Ya sabe V. lo que le dije en otra ocasión!

—Lo comprendo: le entristecen a V. los antecedentes; consuéllese pensando que los consecuentes serán mucho peores.

(El señor A).—¡Quién sabe! Por ahora no veo motivos de alarma.

—De alarma, precisamente, no; de indisposición intestinal, sí. ¡Parece mentira que los trastornos morales se traduzcan enseguida en desarreglos fisiológicos, pero es la verdad! ¿No han hecho estudios prácticos sobre ello sus amigos, señor A?

(El señor B).—El caso es que aún esperamos la demostración de su tesis; ¡así será de fuerte, que con buenas palabras pretende V. que nos olvidemos de ella!

—Por mí, volvamos al punto de partida. ¿Recuerdan ustedes el cuadro que ofrece la casa donde hay un enfermo grave, que empeora poco a poco, y se acerca al sepulcro? Les haré un poco de memoria. La fiebre ha subido a 39 grados, las lesiones se van manifestando y el tratamiento resulta ineficaz; la intranquilidad se extiende, los vecinos y amigos—estos amigos son ustedes—preguntan y ponen el rostro compungido. La inquietud sube de punto puesto

que al día siguiente llega la fiebre a los 40° y el estado general es mucho peor, pero renace la esperanza y acuden las sonrisas cuando, al caer la noche, la temperatura ha descendido a 39 y medio. ¿Cómo sigue el enfermo? preguntan los vecinos y conocidos: ¡Mejor, bastante mejor!; en realidad está más grave y decaído que el día anterior. De esta suerte, como la fiebre pasa por las alternativas de 40 y medio y 40, de 41 y 40 y medio, se repiten las ocasiones de decir que hay mejoría, de animarse y forjarse ilusiones; y siempre mejorando, cada día con noticias más satisfactorias, avanza el enfermo hacia...

(El señor A).—¿Por qué se detiene V? ¿Se resiste V. a pronunciar la palabra fatal?

—No llega mi resistencia a la heroica de Lieja, ni siquiera a la incomparable del Gran Duque; mas no era eso lo que me contenía.... Luego sabrán ustedes hacia dónde marcha el enfermo. Tengan paciencia, y esperen a que el fin de la historia llegue por sus pasos contados. Si se tratase de una novela, les permitiría leer desde luego el desenlace, como acostumbran los muchachos.... y los que no lo son.

(El señor B).—De suerte que ¿el paciente es Rusia?

—¡Y tan paciente, doliente y moliente! Sólo que la fiebre toma allí la forma de marchas forzadas—forzadas en el sentido de que se ejecutan por la fuerza—, con tal cual carrera y salto de obstáculos intercalados, para mayor amenidad del espectáculo. Ustedes saben que para franquear una cortadura, por ejemplo, conviene dar un paso o dos atrás, es decir, en dirección contraria a la de marcha, y...

(El señor B).—¡Caracoles, don Subrio! ¡Habla V. más que....

—¿Que Lloyd George, iba V. a decir? ¡Tiene V. razón! Y con los mismos resultados: ni él convence a los obreros, ni yo a ustedes. Pero él y yo hacemos lo que podemos. ¿Qué opinan ustedes sobre la conveniencia de preguntar si también hacen lo que pueden, a Francia, Inglaterra y los huéspedes del Isonzo?

(El señor A).—¡Al grano, don Subrio, al grano!

—¡No es mal grano el que ha salido a los rusos! ¡Y en qué sitio, salva sea la parte, que no les permite sentarse y les obliga a constante movimiento! Pues, iba diciendo, mi querido señor A, y mi excelente señor B, que después de aquel desastre de Gorlice, que realizó el milagro de que 200,000 rusos entraran en Alemania—no hay que decir que en calidad de prisioneros—y el resto se trasladara volando, tal fué su celeridad, a Przemysl, el retroceso, huida, evacuación, carrera, o simplemente movimiento estratégico—como ustedes gusten—no tuvo importancia, aunque los rostros de los occidentales se estiraron y se comenzó a hacer uso del salicilato; a los pocos días, en Sieniava, el Gran Duque conquistó metro y medio de terreno, y sus parientes de segundo y tercer grado....

(El señor B).—¿Quiénes son los tales?

—¡Quiénes han de ser! Los suegros, los cuñados y los primos, nombres vulgares y corrientes de los aliados... Los dichos parientes volvieron a sonreír y dijeron *urbi et orbi* que era inminente la contraofensiva rusa, el aniquilamiento de Alemania,... ¿a qué recordar esas...? no recuerdo la palabra, pero es lo que hacen unas aves que se asemejan a los patos....

Repitióse la suerte con ocasión de la primera tentativa de Linsingen en el Dniester, luego en Jolm, en Lublin, en Ivangorod, en el Narev, en el Bug, en Kovno, en.... la mar, mar Báltica, que se desmayó ante el empuje naval de los rusos. Invariablemente,



Proyector alemán iluminando las posiciones rusas

la situación de Rusia mejora semana tras semana, y el ejército va camino del destierro, como si quisiera guerrear otra vez contra el Japón. Se olvidan los recargos, sólo se tienen en cuenta la mejoras, y el buen *bourgeois* viviría tranquilo y hasta satisfecho si no fuera porque se le han perdido los rusos.

(El señor A).—Esperaba hace rato esta salida u otra de su linaje. ¿Conque ya no dispone Rusia de soldados? ¿Ya no tiene ejército?

—Y yo aguardaba su interpretación, señor A. Decía que el *bourgeois* ha perdido a los rusos: nada más. Al principio de la guerra se le repartieron excelentes mapas de las Prusias, Silesia, Galizia, Hungría; se sabe de memoria las distancias de la frontera a Berlín, Buda-Pesth y Viena, y las jornadas que pondrían los rusos en regalar la victoria a sus aliados. Después, se le proveyó de mapas de Polonia y Curlandia, pero como los rusos andan por otras tierras, el *bourgeois* pregunta en vano ¿dónde están mis salvadores?, y nadie le responde. Sólo sabe que la victoria es indudable y el triunfo—no se expresa de quién—se acerca a pasos agigantados. Por si acaso, se encienden velas a santa Rita.

(El señor B).—A todo esto, nos hemos quedado sin saber la suerte que aguarda al enfermo. Según V., no puede ser otra que la muerte.

—¡Oh, ruso inocente y cándido! ¿No ha comprendido V. que al paciente lo estaban matando sus parientes y los facultativos? En un acceso de delirio, el enfermo agarra unas disciplinas, espanta a los doctores, zurra a los suegros, sacude a los cuñados, se aterran los primos, y su naturaleza reacciona y, con la ayuda del cirujano, que le estirpa el absceso, recobra la salud y el buen humor.

(El señor A).—Esto es una parábola, don Subrio, de una obscuridad impenetrable.

—De buen grado la interpretaría, pero prefiero que los hechos le den la explicación. En cuanto a ustedes, amigos de la familia dolorida, obrarían mejor interesándose por los parientes y los médicos, que por el enfermo. Este no necesita más que la intervención del cirujano, persona muy práctica en el



El Kaiser siguiendo con los gemelos el vuelo de un aeroplano enemigo

manejo de instrumentos punzantes, cortantes y lacerantes, y extremadamente ducha en cauterizar las heridas, cerrar las llagas y tonificar los temperamentos débiles. ¡Amén!

SUBRIO ESCÁPULA

COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

Hacia el frente

(De nuestro Corresponsal)

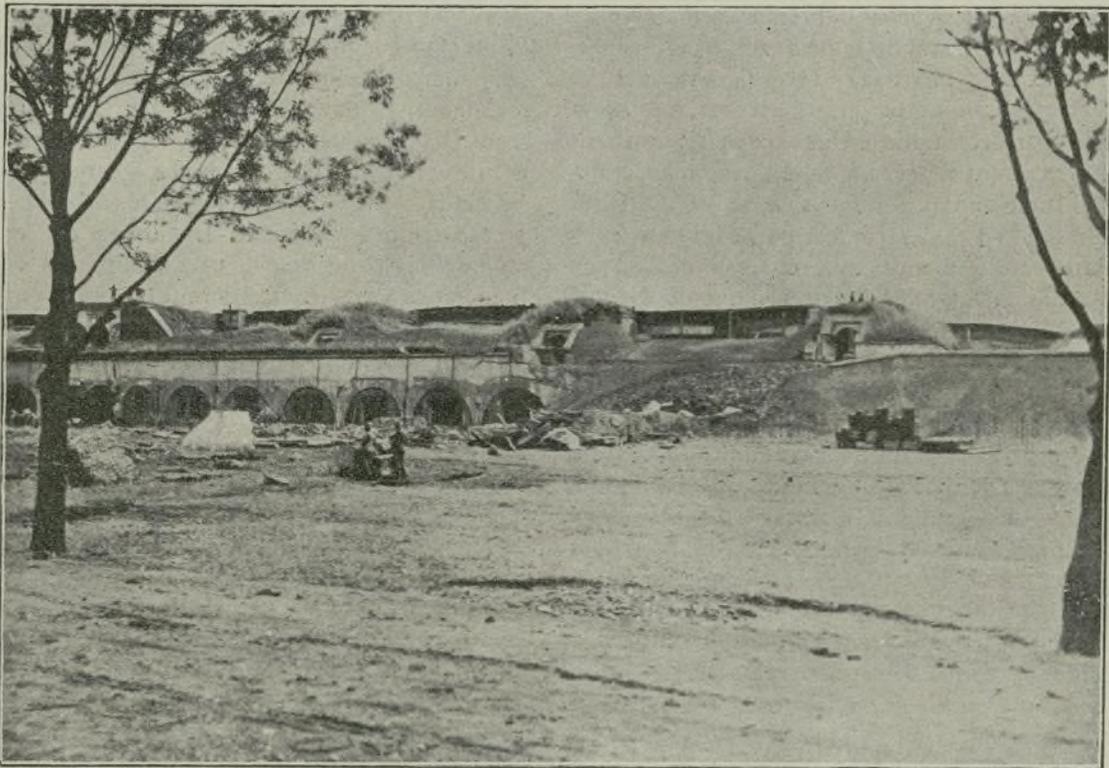
XII

Las sombras de la noche empiezan a ceder el lugar a la luz matutina. Las siluetas de árboles y casas adquieren contornos cada vez más definidos. Sobre la carretera sinuosa aparecen los convoyes de aprovisionamiento, que van también rumbo al frente, cual largas culebras oscuras, arrastrándose en lentos movimientos.

Después de media hora de marcha nos detenemos un instante en una encrucijada. Los automóviles delanteros han corrido con mayor velocidad y nuestro chauffeur perdió su pista. El ayudante de éste se apea veloz del coche, dirigiéndose al vigilante del

pero todas levantan una nube espesa de polvo que nos ahoga y ciega, de los caminos descompuestos y deteriorados, a pesar de la atención constante que se les dedica.

Los gritos, hurras, saludos, risas que salen de estas caravanas nos animan y regocijan también. Más parecen los trenes de carros que van a una feria, cargados de mercaderías y baratijas, poblados de esa innumerable diversidad de seres que forman el trajín bullicioso y alegre de una feria; mercaderes contentos, jugadores, agiotistas, comediantes y aventureros de todas naturalezas, que son las gentes de más espíritu de diversión que han conocido las edades. O bien, compañías de paseantes que a la madrugada abandonan la ciudad para pasar el día en el campo. Mas, ¿a qué buscar semejanzas fuera de la realidad? —Son los hijos de un pueblo grande, conscientes de sus deberes hacia la patria, que van contentos y llenos de vida, de orgullo, de frescura, al sagrado cum-



Uno de los fuertes de Przemysl, después del bombardeo de la artillería alemana

puesto próximo, quien viene ya a su encuentro y le indica la vía que siguieron los otros autos. Redoblamos la velocidad para darles alcance, conservándola a pesar de las columnas de provisiones que siguen ocupando en largos trechos el camino. Al sonar de la corneta del auto, repliéganse cuidadosamente a un lado de la carretera para dejarnos paso libre.

Partiendo de un lugar común vánse separando los convoyes a manera de radios, para alcanzar los diversos cuerpos de ejército. Primero tropezamos con un lazareto de campaña. Como los de su clase, tiene una profundidad de 150 m. —Más lejos son columnas de provisiones y de munición. La última es una compañía de sanidad. La profundidad de estas columnas varía notablemente: las pesadas de provisiones cuentan 550 m., las ligeras 425 nada más; una de munición de infantería 650 m. en tanto que una de artillería 600.—Una compañía de sanidad en marcha es profunda de 260 m.—Más o menos largas;

plimiento del deber. En las sombras de la mañana, se me antojan esas bandadas de pericos y cotorras que atruenan los aires con su charlatanería rebosante, en los amaneceres neblinosos de los países tropicales.

Otra aparición no rara de estas comarcas, son las patrullas de ginetes de gendarmería, que atienden la policía y seguridad de los servicios en las etapas.—Cuatro soldados en motocicletas pasan veloces a nuestra derecha, tanto, que ciclista y aparato no parecen formar más que un plano alargado e informe. Los uhlanos pasan al trote. Son seguramente estafetas. Derechos en sus cabalgaduras, cascos agudos, largas lanzas; semejan dos caballeros medioevales que vuelven a su castillo antes de la salida del sol.

Al despuntar del día, detiéndose el coche. ¡Bajarse! La marcha continúa a pie. El enemigo es listo y nos descubriría pronto. Y cuando él ha visto

bullir algo en el campo alemán, dispara sin compasión y sin curarse de si son en verdad soldados indefensos, corresponsales que, en su tarea pacífica de apagar la sed de noticias que atormenta al mundo, vinieron a ser blanco de sus balas mortíferas.—Instrúyenos el sargento del puesto vecino y añade que va a conducirnos al lugar determinado de antemano, donde espera el mayor que nos guíe y acompañe. Tras de corto recorrido, llegamos a donde está el aludido mayor, quien nos recibe amablemente. Ofrécese a nuestro servicio y nos pide le hagamos todas las preguntas que nuestra ilustración requiera y que deje inadvertidas su explicación. Pertenece al Estado Mayor del primer cuerpo de ejército bávaro, cuyas trincheras vamos a visitar. Asístele un subteniente que conoce de más cerca las condiciones especiales del lugar y mostrará la vía menos peligrosa.—Los automóviles hubieran podido llegar hasta aquí; pero corriendo el riesgo de ser descubiertos por los franceses, lo cual significaría un shrapnel desde luego. Caminamos en fila. Apenas habremos recorrido unos 30 metros escasos, cuando la detonación de una granada que explota nos hace volver la cabeza a un mismo tiempo. Sin embargo, no encontramos desde luego el lugar del estallido. Unos 500 metros retirado de nosotros, se puede ver ahora el humo blanco elevarse del suelo en densa nube, que se va desliendo gradualmente hasta desaparecer por completo entre ténues nubecillas blancas que cuelgan del espacio como copos de algodón de nacimiento de Nochebuena.—Nuevos disparos suceden al primero y nuestro oído parece irse acostumbrando, pues nuestra mirada delata una distancia crecida. El humo y el sonido muestran que se trata de granadas de obuses.

En el cielo azul, iluminado por el sol brillante, destácanse dos aeroplanos franceses, que han salido a hacer su reconocimiento matutino. Ya están sobre las posiciones alemanas. Cañones caza-globos, ametralladoras y fusiles entran en acción, contra los atrevidos pajarracos. El mayor asegura que el uno ha sido tocado por una bala. Yo no lo he visto, ni lo creo; antes al verlos retroceder, para llevar alguna noticia de su inspección, me figuro esas aves dañinas que espanta el labrador con ruido de cajas y atambores. Ciérrnense deliciosamente en el espacio con los movimientos graciosos de una mujercilla coque-tuela.

Llegamos a una quinta de que los alemanes se sirven como punto de apoyo. Hánla organizado como pequeña fortaleza. Al frente trincheras de tierra con enramajes y espaldones de sacos de arena. Rodéanla una cerca de alambradas entrecruzadas y toda clase de obstáculos. Trabajo nos cuesta atravesarlas y un cuidado escrupuloso el no dar con los pozos de lobo.

Delante de la casa de campo hacemos una estación. El mayor desdobra su carta para indicarnos la posición general del frente, así como para describirnos las posiciones que vamos a ver, con objeto de que las entendamos mejor. Yo desdoble a mi vez la mía, pues quiero seguir su descripción paso a paso, para confrontarla con mis anotaciones. Observa con cierta satisfacción mi manipulación y arroja una mirada sobre mi carta. Extráñale agradablemente mi interés minucioso. Al saber que yo soy también militar, muéstrase complacido y me asegura que to-

mará especial empeño en que yo pueda examinarlo todo en sus detalles, con lo cual sacaré gran provecho viendo aplicados conocimientos que ya poseo y aprenderé muchas novedades que me servirán en lo futuro. Agradezco su buena voluntad y prometo seguir la lección con esmerado interés.

Entretanto, hemos proseguido la marcha. Más cerca suena una nueva granada. Quizás a la mitad de la distancia de las anteriores. La cosa es seria. Mi compañero yankee—los yankees no son gente que amen la guerra y sus peripecias—disimula un poco y permanece parado viendo a lo lejos, hasta que yo le he ganado la delantera. Yo, a fe de soldado, la acepto. Adelante.—No es difícil distinguir las granadas de los shapnells por el sonido de la explosión y el aspecto que ésta presenta. Nos entretenemos un rato en vocear lo que fué, después de cada disparo. Los alemanes contestan al fuego de artillería. Este es intermitente y vago. El subteniente sonrío: «esto no es nada, es tan sólo un ligero saludo matutino».

En las aguas tranquilas del Somme pescan pacientemente algunos soldados. Otros lavan su ropa de mañana, que hoy es un buen día para hacerla secar al sol. Donde quiera que hay agua hay vida. Aquí la hay agitada. Soldados por todos lados en continuo vaivén, por las veredas y caminos a la orilla del río y bajo las sombras de los árboles. El campo es hermoso y selvático. Las alturas que corren al lado del río defienden su orilla izquierda contra el fuego enemigo. Nuestro guía se detiene para mostrarme un gran hoyo en forma de embudo, producido por una granada de obús. El efecto que producen en el terreno y la forma del pozo que hacen es característico.

A nuestra derecha humea una cocina de campaña. Cocineros y soldados forman corro en sus cercanías, fumando el cigarro del desayuno, mientras al fuego hierve en agua la carne que ha de formar el exquisito «Gulacho».

Comenzamos a pasar las fortificaciones del río, por decirlo así, pues que la línea está trazada a su izquierda. Son también impedimentos: ramas y troncos de árboles tirados por el suelo y medio clavados en la tierra por medio de sus salientes cortadas en punta; pozos de lobo y alambradas. Numerosos son los pasos que no llevan alambre de púas para no estorbar los movimientos del ejército alemán; pero rollos de aquel están encajados en las estacas próximas a uno de esos pasos, de tal manera que, llegado el caso, se puedan tender con rapidez.

J. C. GUERRERO.

Primavera de 1915.

UN VUELO EN AEROPLANO, SOBRE EL FRENTE OCCIDENTAL

Nuestros lectores se interesarán seguramente con el siguiente emocionante relato, telegrafiado al *New York World* por su redactor jefe, mister Ralph Pulitzer.

Acabo de regresar de una visita única al frente. Esta tarde he volado en un aeroplano militar desde París a las líneas de combate, recorrido estas líneas

unos pocos kilómetros y regresado a París. Hemos hecho el viaje sin la menor novedad.

Recibí un aviso de que a las cinco un aeroplano de combate, de doble motor, partiría conmigo, y un poco después de esa hora los dos grandes propulsores agitaron en torbellinos el aire, a los lados y atrás, el aeroplano de batalla arrancó lentamente, ganó enseguida en rapidez, corriendo por el ancho campo como un automóvil de carreras, y de pronto las personas se alejaron de nosotros; un momento después, la tierra se nos ofreció como un plácido y extraño panorama con el cual no teníamos conexión. Siempre hacia arriba, volamos en línea recta como una flecha hacia el frente de batalla, distante 90 kilómetros.

Como se deslizaba lentamente, bajo de nosotros una inmensa aglomeración de innumerables sombras verdes y grises, tuve tiempo de fijar mi atención sobre el lugar que me rodeaba. Iba sentado delante, en el asiento del observador de un grande y nuevo biplano francés, que los ingleses llaman aeroplano de batalla y los franceses *avion de chasse*, porque lo emplean para dar caza a los taubes y aviatiks del enemigo. Me encontraba en un pequeño camarote, y acomodado en un asiento confortable. En el suelo del camarote había una ventanita de cristal, por la que divisaba el terreno que teníamos debajo. En otro pequeño camarote situado poco más de un metro detrás, iba el piloto. Apenas podía ver su cara, protegida por un escudo. Mirando a uno y otro lado descubrí la tierra que íbamos dejando atrás. Era como un adiós a París. Nos bañaban los rayos del sol de la tarde, ya en su declinación, y se percibía el humo, oyéndose el zumbido del aire agitado por las hélices.

El aire se iba haciendo más frío, y miré de nuevo hacia adelante. Durante algún tiempo habíamos volado a 900 metros, pero ahora nos elevamos gradualmente a 2.700, y los bordes de las nubes comenzaron a humedecerme con gotas que parecían de rocío. La tierra semejaba una sucesión de planos y mapas, oblongos, alargados, de todos colores y formas. El plano desapareció al pasar sobre un bosque, de tono verde muy oscuro, con pequeñas manchas claras o espejos enmedio, que no eran granjas, como yo imaginaba, sino amplios lagos.

Los girones de nubes se trocaron en masas de niebla; seguimos subiendo, y pronto a través de ellas sólo apareció la tierra de vez en cuando. Siempre arriba, más arriba, hasta que la tierra quedó finalmente oculta por las nubes que teníamos debajo. A la altitud de poco más de 3.000 metros, enderezamos el ángulo de inclinación y marchamos rectos hacia el frente. Nos deslizábamos entre dos cortinas de nubes, una más alta y otra más baja que nosotros. Por debajo, flotaba un blanco mar de niebla. El sol estaba lo estrictamente sobre el horizonte para iluminar esa masa aérea con sus rayos. Ibamos a 130 kilómetros por hora. El aire era sutil y frío, pero el viento no me azotaba la cara, ignoro por qué razón. Por último sentí, en vez de oír, un violento tableteo. Volviendo mi cabeza, vi al piloto que martillaba con su puño derecho el puente entre nuestros dos camarotes, para llamar mi atención. Abría la boca y sonreía amistosamente. Ví que señalaba hacia mí, pero no pude oír nada, por el fuerte ruido del motor. Se-

ñalaba debajo de nosotros y un poco a la derecha. Entonces, escribió con su dedo índice una palabra imaginaria en el puente que separaba a los camarotes. No descifré lo que escribió. Saqué mi cuaderno de notas y el lápiz, y se los ofrecí; pero movió su cabeza e hizo señas de que no podía apartar las dos manos de las palancas.

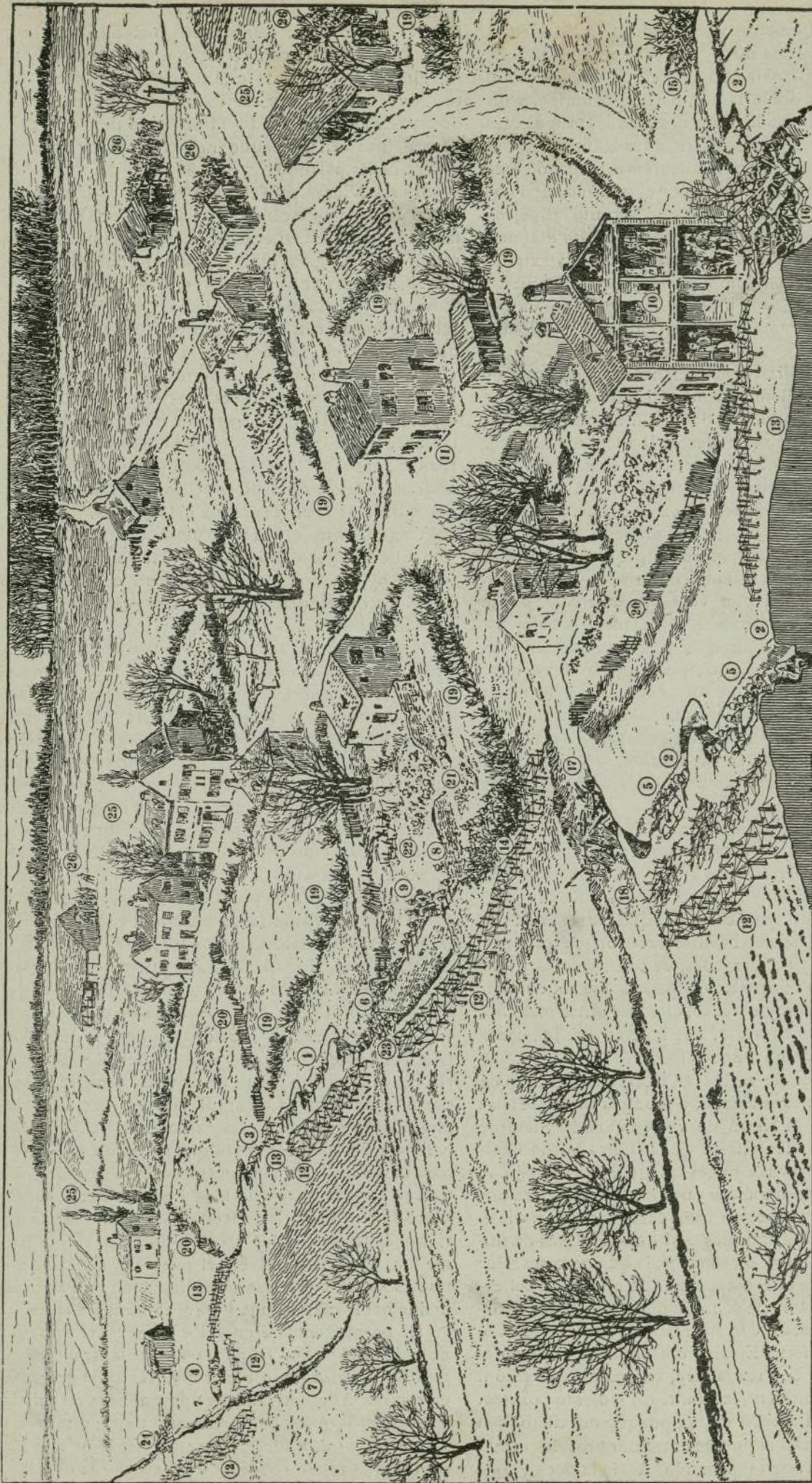
Sin sacudidas, con cierta majestad, el aeroplano hincó el pico y descendió hacia el blanco mar que teníamos debajo; casi enseguida comenzamos a describir espirales con rapidez, y nos hundimos como ave gigantesca que se abate. Al entrar en la masa gaseosa, iba yo bastante preocupado. Las hélices no giraban, e imaginé que el motor estaba inutilizado y que nos precipitábamos desde la altura de 3.000 metros o que hacíamos un descenso forzoso. Súbitamente, rasgamos las nubes describiendo violentas espirales, y la tierra se presentó a nuestros ojos. Instantáneamente, los motores reanudaron su característico ruido, el aeroplano detuvo su descenso y marchó en línea recta. Respiré con delicia, sintiéndome libre de la angustia que me oprimía.

Volví a sentir el tableteo detrás de mí. Ví al piloto que señalaba la tierra enfrente y a la derecha. Me encogí de hombros, porque no comprendí el signo. Entonces, detuvo los motores, y en aquel impresionante silencio exclamó: ¡El frente!

Honradamente declaro que quien desee hacerse cargo de lo que acontece en el frente, debe ir por la superficie de la tierra y no a través del aire. Aunque sólo estábamos a 900 metros de altura, volábamos a la velocidad de 135 kilómetros por hora, y mi amigo el piloto no hacía más que señalar frenéticamente aquí y allá. En el panorama que se me presentaba, ví cómo corría algo que me pareció trincheras y que indudablemente eran carreteras, y algo que yo tomé por caminos y eran sin duda trincheras. El ruido de los motores apagaba el de los cañones, y las explosiones de las granadas producían un efecto extraño.

Para que la visión fuese todavía menos dramática, no se desarrollaba ninguna batalla en aquel preciso momento, sino un lánguido duelo de artillería. Las únicas señales de vida las daban los disparos de las baterías francesas. Las nubecillas de humo de las explosiones permitían conocer al piloto lo que ocurría, pero perdía el tiempo mostrándomelas, porque yo, no acostumbrado, no me enteré de nada. El sol estaba muy bajo, y debimos regresar; dejando la plateada cinta del Aisne, partimos hacia casa. Volábamos lo bastante bajo para que no perdiéramos detalle del paisaje. Primero pasamos sobre Compiègne, teatro obligado de la actividad de la artillería; luego sobre la vasta mancha verde oscuro del bosque de Compiègne; enseguida sobre Senlis, tan cerca, que me hice cargo de cómo era el pueblo; y sin incidentes nos acercamos al campo de aviación de París, de donde había partido una hora y 25 minutos antes.

De pronto, detuviéronse los motores, el aeroplano se inclinó sobre la punta de su ala izquierda, y girando alrededor de ella comenzamos el descenso en espiral. Alternativamente apoyándonos en un ala y luego en la otra, nos acercamos a tierra; ésta crecía por momentos, y sucesivamente ráfagas de aire me azotaban el rostro por la izquierda y por la derecha. Este doble descenso en espiral es sin duda el más emocionante efecto que ha podido imaginar el hombre.



Organización defensiva de una aldea (en esquema)

1. Trincheras abiertas en terreno compacto.—2. Trincheras en tierra blanda.—3. Trincheras en las lindes de la aldea.—4. Abrigo para una ametralladora aislada.—5. Abrigo para ametralladoras en las trincheras.—6. Cantera en estado de defensa.—7. Margen en estado de defensa.—8. Muro de esa altura, en estado de defensa.—9. Muro alto, en estado de defensa.—10. Edificio en estado de defensa.—11. Punto llave.—12. Defensas accesorias.—13. Defensas accesorias en los intervalos entre las trincheras.—14. Tala que oculta una línea de tiradores.—15. Camino obstruído por una tala.—16. Camino obstruído por árboles ligados entre sí con alambres.—17. Camino obstruído por una barricada de carretas.—18. Minas terrestres (fogatas).—19. Setos destruídos.—20. Vallas destruídas.—21. Muros destruídos.—22. Plantación de árboles destruída.—23. Barricada de piedras.—24. Barricada de troncos.—25. Caminos abiertos para la retirada.—26. Reservas.



Campeſinos ruthenos de los Cárpatos

Finalmente, con un impulso, que estoy seguro derribaría todas las chimeneas que se le opusieran, bajamos magníficamente y tocamos la yerba con la mayor suavidad, lo mismo que la barca que penetra en las aguas de un tranquilo lago.

Nos esperaba una fuerte sacudida moral. Apenas se hubo detenido el aeroplano, corrió a él un mecá-

nico llevando un neumático de rueda. Dijo algunas rápidas palabras al piloto, y éste me rogó que me apeara lo antes posible; iba a partir de nuevo, y a su regreso me explicaría algunos detalles de nuestro viaje aéreo. Salté del asiento, el mecánico ocupó mi puesto llevando la rueda, y el aeroplano se elevó otra vez. Algunos oficiales de aviación señalaban un



El general ruso Radko Dimitriev

Ayuntamiento de Madrid

aeroplano que se movía algunos centenares de metros por encima de nosotros, y me dijeron que al partir había perdido una de sus ruedas. El aviador ignoraba tal cosa, y a menos que lo advirtiera a tiempo, al tratar de tomar tierra el avión perdería el equilibrio y el piloto se mataría. Mi piloto había recibido el encargo de alcanzarle en el aire y, moviendo la rueda, indicarle el peligro, a fin de conseguir que bajara sobre la rueda izquierda, apoyándose en ella y en la cola.

«Si no comprende la señal antes de descender, es hombre muerto», dijo un oficial.

Fué aquel un dramático espectáculo: un aviador que flota en el aire, a grande altura, ignorante de la muerte que le espera, y otro piloto acercándose a él cada vez más, volando a su alrededor en círculos que se estrechaban. Finalmente, el primer aeroplano inició el descenso.

«¡Ha comprendido las señas!» dijo uno.

«¡No, no las ha comprendido!» repuso otro.

«Avisad a la ambulancia, que esté pronta», ordenó el capitán de aviación.

Impotentes, contemplábamos las espirales que describía el avión. Cuando puso la proa a tierra, varios hombres se dispersaron en el campo agitando ruedas para que advirtiera el peligro. Pero, en vez de bajar sobre la izquierda, apoyándose en la rueda que se mantenía en su sitio, y prepararse a saltar, se inclinó a la derecha, donde faltaba la rueda. Al tocar el terreno, todo el aparato se estremeció, hundió su pico en tierra, alzóse la cola hasta quedar vertical, y cayó hacia adelante, dando una vuelta de campana, resultando el aeroplano vuelto boca arriba.

«¡Se ha matado! ¡Pronto, la ambulancia!» ordenó el capitán.

Corrimos anhelantes hacia el inmóvil aparato, siguiendo detrás de nosotros, a toda velocidad, el automóvil ambulancia. Cuando nos disponíamos a extraer los restos de un hombre destrozado, apareció un rostro sonriente, culpándose de no haber entendido unas señas que cualquier hombre en su sano juicio habría comprendido.

Cómo pudo escapar aquel aviador a la muerte, será eternamente un misterio.

LA TOMA DE LIEJA

(7 de agosto de 1914)

El país de Bélgica está fortificado hacia tres lados, a saber: al N., por el lado del mar y de Holanda; al Sur y al Este. Los tres vértices del gran triángulo rectángulo fórmanlo Amberes, Namur y Lieja. Estas tres puertas del reino parecieron ofrecer garantía suficiente contra todo intento de quebrantar su neutralidad contractual internacional.

Lieja es de las tres fortalezas, la segunda en orden de potencia,—ya que Amberes sobresale entre las primeras del mundo entero—y su principal objeto es custodiar la frontera lindante con el reino de Prusia. El general Brialmont fué comisionado en 1887 para substituir las fortificaciones anticuadas de Bélgica por nuevas, adecuadas a ofrecer resistencia al moderno armamento. Desde 1888 hasta 91 tocó a Lieja someterse a tal fortificación.

15 kms. al Norte está la frontera holandesa, 28 al Este la alemana. La ciudad descansa en ambas riberas del Mosa, en hondo y anchuroso valle. Las elevaciones que rodean la ciudad, dominándola por completo, alcanzan, en su mayor elevación, una altura de 200 m. sobre el nivel del río. Sobre estas cúspides están construídos los doce fuertes que planteó Brialmont, formando aproximadamente una gran elipse, cuyo eje mayor mide hasta 18 kms., en tanto que el menor, unos 12. Seis de estos fuertes son mayores que los restantes y están provistos de dos cañones de 15 cms., cuatro de 12 cms., dos obuses de 21 cms. y cuatro cañones de fuego rápido de 5,7 centímetros cada uno. Los menores cuentan solamente con dos cañones de 12 cms., tres (o cuatro) de tiro rápido y un obús.

Los intervalos que separan un fuerte de los dos inmediatos y que miden de 3,5 kms. a 6,5 kms., no están fortificados y carecen de todo otro medio de defensa que los meramente naturales presentados por el terreno. La razón de ello es que el constructor sólo tuvo en consideración el valor de la fortaleza como «cabeza de puente», que debía asegurar el paso sobre el río. Es el defecto de toda fortaleza destinada a ser punto de apoyo para el caso de una ofensiva, en tanto que el primero y principal objeto de una fortificación es precisamente la defensiva, que no hay que perder nunca de vista. El mismo error se nota en Namur y las primeras luchas de esta guerra hacen ver cuán imperdonable ha sido.

El Estado Mayor alemán tenía noticias del envío, en 30 de julio, de oficiales franceses a Lieja con objeto de enseñar a la guarnición belga el manejo del armamento de fortificación. Más vagas eran las que aseguraban la entrada de tropas francesas en territorio belga. De todos modos, al romperse las hostilidades, estaba indicado adelantarse al enemigo en la toma de posesión de un punto de apoyo tan importante. Con este fin atravesaron la frontera belga tropas alemanas, el 4 de agosto. Eranlo de las seis brigadas que cubrían la línea Aquisgrán-Eupen en tiempo de paz. Frutos primeros de la movilización, añadiéronseles dos regimientos más. Así emprendieron la difícil marcha hacia Lieja, teniendo que luchar no sólo con el ejército belga, sino también contra la población civil, quien disparaba a hurtadillas, desde casas y bosquecillos o matorrales.

No es extraño que en estas condiciones fuera la guerra extraordinariamente sangrienta y cruel. Muchos pueblos y aldeas fueron destruídos totalmente por el ejército alemán, en castigo de la población enfurecida. Las ruinas yacen allí todavía, mostrando a los incrédulos que las leyes del derecho de gentes gozan de una sanción expresiva!

Las tropas alemanas avanzan hasta la ribera derecha del Mosa. La izquierda está en posesión de los belgas. La lucha de fusil dura hasta el anochecer.

El día 5 (miércoles), despiertan las aldeas de la orilla izquierda al estrépito de los proyectiles de la artillería alemana. El paso del río se verifica en varios lugares al N. de la ciudad. La lucha a lo lejos se continúa contra las tropas belgas; más cerca, por detrás, por los flancos ataca la población incansable. Una columna de las tropas que cruzaron el río intenta, por la noche, una sorpresa a la fortaleza. Por entre dos fuertes del lado N. se desliza en el interior

de la ciudad. Descubierta, se la ataca con decisión. Tiene que retroceder y ocupar de nuevo la elevación entre los dos fuertes, a donde no llega el fuego de éstos. Al día siguiente se ve cortada de comunicación con la retaguardia y es hecha prisionera. La sorpresa ha fracasado.

Entre tanto, es decir, desde la noche del 5 al 6, se preparaba y efectuaba el ataque contra los fuertes del oriente, Evegnée y Fléron (el primero es de los chicos, el segundo, más al Sur, de los grandes). La dirección de ataque es Herve-Micheroix-Retinne. Frente a Micheroix se ha apostado la artillería y arroja sus cargas de fuego contra los fuertes, principalmente Fléron. La infantería avanza en todo el frente. Los obstáculos oponen grande resistencia, deteniendo e impidiendo considerablemente el avance. Entre tanto, los belgas hacen destrozos considerables en el asaltante con fusil y ametralladoras, desde sus posiciones de infantería. Pero el asalto es decidido e infatigable. Bayoneta calada, se arroja el germano cuesta arriba. A las cuatro de la mañana han tomado los alemanes las posiciones de la infantería belga alrededor del fuerte Evergnée. Las tropas belgas hánse desmoralizado ante la fuerza arrolladora del atacante. Abandonan las posiciones antes de encararse con el adversario y 25 soldados alemanes toman 100 belgas prisioneros, quebrantando el ánimo y el valor de los defensores. El primer fuerte ha caído. El asalto se intenta contra el segundo por tres lados.

La artillería hacía llover proyectiles sobre el fuerte. Uno de ellos produjo la explosión del depósito de munición. Resistir más era imposible. El resto de la guarnición fué hecho prisionero.

El objeto del ataque ahora es la ciudad misma. Metiéndose entre la ciudad y los fuertes del Sur, se ensancha la línea de ataque.

Refuerzos llegan poco a poco por la línea de Aquisgrán-Herve-Lieja, pues la de Eupen-Verviers-Lieja ha sido interrumpida por los belgas cerca de Verviers. Han hecho correr unas contra otras a todo vapor 17 locomotoras pesadas, dentro del túnel de 400 metros de longitud.

Por el Sur viene el segundo ataque. De Malmedy, sobre Comblain-au-Pont, siguiendo luego el curso del Ourthe. La lucha es encarnizada desde por la tarde del día 6. La artillería hace fuego sobre

los fuertes del S. y sobre la ciudad misma. La infantería avanza lentamente. La belga, en efecto, a causa de sus posiciones propicias, ocasiona una matanza espantosa en las filas del asaltante. Pero el entusiasmo es grande en éste y, a pesar de tantas pérdidas, adelanta paso a paso.

Por la noche toma parte un zeppelin en el combate, arrojando hasta 12 bombas sobre los fuertes.

Estos caen después de la media noche, y la ciudad tan sólo el día 7. En poder de los belgas quedan todavía los fuertes restantes y son defendidos con cierta tenacidad.

El Estado Mayor alemán, considerando las bajas inmensas que el ejército ha sufrido, decide hacerse fuerte en la ciudad y esperar la entrada de refuerzos de infantería y la llegada de la artillería pesada.

Un tren con morteros de 42 cms. espera frente a Verviers que se despeje el túnel.—Tal sucede tan sólo el día 12.

Al mismo tiempo se hacen en Lieja las obras de fortificación necesarias. La artillería (de 10,5 cms.) mantiene un fuego aislado. El día 12 entran en funciones bocas de fuego de 21 cms. El bombardeo se hace destructor y decisivo el 14. Por la tarde del día 15 caen sobre los fuertes las granadas de 1,000 kgs. de los morteros de 42. Y con esto estaba terminada la obra. Los fuertes, despedazados en su totalidad, fueron tomados sin grande resistencia.

Sobre la fuerza belga que guarnecía la plaza, nada se puede decir aún con seguridad. El Cuartel General alemán asegura que se trataba de una cuarta parte del total de las fuerzas belgas. En tal caso (el ejército belga consta en pie de paz de 50,000 hombres) pudieron contar en un principio alrededor de doce mil hombres. Las fuerzas atacantes, al principio, como queda dicho, unos 9,000 hombres (seis brigadas de línea y dos regimientos), siguieron recibiendo refuerzos constantemente. Teniendo en consideración los caminos y los lugares de que tales refuerzos provenían, puede asegurarse vagamente que al tomar la plaza (día 7), los jefes alemanes tenían a sus órdenes alrededor de 30,000 soldados.

El número de prisioneros belgas alcanzó la suma de 4,000. Sus bajas fueron muy inferiores. Las pérdidas alemanas son muy considerables, sin que hasta ahora haya llegado a mis oídos una cuenta exacta.

J. C. GUERRERO.

CRÓNICA MILITAR

I. El poderío militar de Rusia en relación con las bajas de oficiales.—II. La campaña austro-italiana y el factor moral.—III. La retirada rusa y el plan alemán.—IV. Las operaciones en el teatro oriental.—V. La situación el 13 de septiembre.

I.—El poderío militar de Rusia, en relación con las bajas de oficiales

El 21 de octubre de 1914 (precisamente en la misma fecha que dije que Rusia había obrado mal tomando prematuramente la ofensiva, y que probablemente había sido aconsejada por Francia e Inglaterra a dar un paso que había de beneficiar a estas dos Potencias, pero que a la larga resultaría perjudicial para el imperio moskovita), me ocupé en la crisis

que más pronto o más tarde sobrevendría en todos los ejércitos por la escasez de oficiales, y expuse mi opinión, en el sentido de que Rusia era la nación beligerante que podía soportar mejor esa crisis. Sin embargo, es un hecho evidente que el ejército ruso dispone de oficiales en número menos que mediano; que es el ejército en que más patente se ha hecho la falta de oficiales.

Me fundaba, para abrigar una creencia contraria a lo que la realidad ha puesto al descubierto, y así

lo dije, en que la proporción de oficiales era mayor que en Francia y Alemania, lo que la permitiría reponer las bajas con los que fuera llamando de los cuerpos que, por absoluta imposibilidad material de distancia, tiempo o consideraciones de orden interior, no tomarían parte en la guerra. Se resistía la razón, en efecto, a admitir que Rusia lanzase sus diez millones de soldados a las fronteras del S. O., y que el empuje alemán llegara al punto de destruir ejércitos enteros. Cada vez que uno de ellos era deshecho, surgía a las pocas semanas otro todavía más potente. ¿Se trataba, acaso, de reservas que nadie conocía, de hombres que jamás habían pasado por las filas y cuyos paraderos ni siquiera figuraban en los registros militares? Esta fué la teoría—puesto que una teoría era—defendida por los críticos extranjeros que durante los meses invernales tomaron a su cargo la difícil empresa de deducir de los hechos consecuencias contrarias a la lógica y a la realidad. ¡Cuán lejos estaban de imaginar que en aquella Galizia, vestíbulo de Hungría, iba a revelarse el secreto del esfuerzo ruso, causa de su fuerza y agravación de su ruina!

No ya los regimientos de los Urales, los del Cáucaso, los del mar Negro, los de la Siberia occidental, sino hasta los de las remotas costas del Extremo Oriente, han sido empeñados contra Alemania; las tropas cosacas, sin excepción, han tomado parte en la campaña. No es menester acudir al número de orden que en sus capotes ostentan los prisioneros, para convencerse de que es una verdad lo expuesto; basta observar que Rusia, que en los primeros meses repuso fácilmente las bajas de oficiales, los ha agotado ya sin disminuir los contingentes de tropa, lo cual demuestra que las pérdidas en soldados fueron salvadas por la entrada en línea de las guarniciones más alejadas del teatro de la guerra. Gracias a esta medida, el efectivo total se conservó intacto, pero no hubo medio de reemplazar a los oficiales que caían por el plomo enemigo o eran apresados. De consiguiente, la extraordinaria escasez de oficiales que ahora se deplora en el ejército ruso, es una prueba más de que aquel Imperio ha puesto ya en la balanza todas sus fuerzas militares. Muchos millones de hombres útiles le quedan aún en el país; mas ¿cómo trocarlos en soldados, si no conocen la instrucción militar y faltan los cuadros, sin los cuales es imposible la organización de las unidades? No es necesario discurrir sobre el material de guerra perdido, para llegar a una consecuencia tan dolorosa para Rusia.

Con nuevas promociones de oficiales, muchachos todavía, sin apenas rudimentos de milicia, sin saber qué instrumento es un soldado, sin el espíritu que sólo se adquiere conviviendo con las tropas, se ha querido remediar la crisis. Se ha adoptado el mismo procedimiento que siguió Inglaterra, por no existir otro, sólo que los resultados han sido peores que en el ejército británico. El soldado ruso, y lo mismo el oficial, forman de su regimiento casi una familia; el individuo de tropa marcha impávido a la muerte y soporta las mayores privaciones si su oficial le manda y guía, pero al de otro cuerpo le considera casi como si fuera un extraño. Si se le priva de sus oficiales y de pronto se le ponen otros a su cabeza, se desorienta y pierde la confianza en el mando y en sí

mismo. Por eso en los desastres de los lagos mazurianos, Lodz, Augustovo y Gorlice, caían prisioneros los rusos a millares cuando se rendían o quedaban tendidos en el campo sus jefes; y ahora siguen cayendo a millares los soldados moskovitas en manos de los alemanes sin que apenas haya bajas en la oficialidad: el soldado no tiene fe en el oficial nuevo ni en el improvisado; la tendrá dentro de cuatro, de seis meses, pero por el momento, no; además, hay pocos oficiales. Sin haberlo perdido totalmente ya, el ejército ruso marcha a grandes pasos hacia la pérdida del aglutinante que era el elemento fundamental de su fuerza. Si difícil es reabastecerse de municiones y armamentos, punto menos que imposible resulta formar nuevos cuadros, obra en la que el tiempo toma parte principal; de todas las improvisaciones, esta es la peor.

II.—La campaña austro-italiana y el factor moral

Al cabo de tres meses y medio de guerra, los italianos se encuentran prácticamente en las mismas posiciones que a primeros de junio. Avanzaron algo en el Isonzo, y en la punta meridional del Trentino y allí continúan. Hay cinco ejércitos austro-húngaros en el frente oriental, lo que equivale a decir que la masa principal de fuerzas está empeñada contra los rusos, y como Austria lleva trece meses y medio de guerra, en la que ha perdido bastantes centenares de miles de hombres, no es menester descender a cálculos más o menos aproximados para concluir que la superioridad numérica de los italianos es inmensa. ¿Pueden estar satisfechos del curso de la campaña?

No han ganado las armas ni la décima parte de lo que Austria les ofrecía de grado, y con la aproximación del invierno, que siempre se anticipa en los Alpes, han de perder la esperanza de ser más afortunados antes de la primavera. Es una verdad poco menos que axiomática que Italia no esperaba encontrar la resistencia con que ha tropezado; y esa resistencia—materializada en los atrincheramientos austriacos y en lo fragoso de los Alpes y sus ramificaciones—es la que se alega para justificar la inutilidad de los esfuerzos. Pero los Alpes están en su sitio hace muchos siglos y no cabe ignorarlos; y después de la campaña de Francia y de la que habían hecho los mismos austriacos en los Cárpatos, debía esperarse que no presentarían sus pechos al descubierto y que acudirían a los mismos medios de protección que todos y cada uno de los beligerantes en los dos frentes. Lo sorprendente hubiera sido que se condujeran frente a los italianos de un modo diferente al empleado con tan buen éxito contra los rusos. Por consiguiente, equivaldría a acusar de inepticia al alto mando italiano el sostener que éste no había previsto lo que está aconteciendo.

Contando, pues, los italianos, con ese método de defensa del enemigo y habiendo ido voluntariamente a la guerra, ha de inferirse que creían y esperaban destruir la resistencia que se les opusiera; han sufrido, no cabe negarlo, un desengaño.

Pero lo que nos interesa es averiguar los motivos de que el ejército italiano, que se lanzó con entusiasmo contra Austria, no haya triunfado en su em-

peño; y esos motivos, dicho queda que no han de buscarse en las montañas y en las trincheras.

En primer lugar, hay en todas las naciones militares un factor moral de importancia grandísima: la tradición histórica. La historia, de muchos siglos a esta parte, no ha favorecido a las armas italianas, mientras que ha dado una gloriosa reputación a las austriacas, vencidas unas veces, otras vencedoras, pero triunfantes siempre que han dirigido su acción hacia el S. E. y hacia el S. O. y no ha habido un tercero que las haya contenido. Novel el ejército italiano, su única preparación para la guerra actual, han sido las campañas africanas, más nocivas que útiles, porque acostumbran a las tropas a éxitos fáciles—prescindiendo del desastre de Abisinia—y les inducen al olvido de algunos fundamentales principios estratégicos y tácticos. Ello requiere una digresión, no fuera de lugar.

Sencillos y al alcance de cualquiera en teoría, esos principios, como dije en otra ocasión, y sólo reservada a los grandes talentos y a las más firmes voluntades su puntual observancia en el terreno de la práctica, cuando el enemigo no los aplica se siente el conquistador inclinado a apartarse de ellos, persiguiendo el triunfo por caminos más llanos que los que requieren facultades muy bien preparadas. El ejército francés puede enorgullecerse con razón de haber aprendido a desarrollar las campañas coloniales sobre las mismas bases que la gran guerra; es verdad que le costó muchos años y torrentes de sangre en Argelia, pero al fin se persuadió de aquella verdad.

Los italianos distan mucho de estar a la misma altura; en Libia no se condujeron a menudo según demandaba el arte militar; sin que esto sea un reproche, porque todos los ejércitos han tenido que pasar por igual aprendizaje. Sea como quiera, el ejército italiano, con escasa tradición guerrera, mal preparado por sus campañas en Africa, se encontró en un estado de notoria inferioridad moral, que no fué bastante a suplir su entusiasmo. En cambio, los austriacos acababan de ver las espaldas a los rusos, reputados como invencibles, tenían la insubstituible experiencia de más de nueve meses de una guerra dura y tenaz, y luchaban por la integridad de su patria. La ventaja moral, acaso la más importante de todas, estaba de su parte.

Esa ventaja era tan evidente para el alto mando italiano, que su reconocimiento interno pudo más que la voluntad y que el talento. No puede ya ponerse en duda lo que apunté en otra *Crónica*: el general Cadorna desconfió de sí mismo, vió con perfecta claridad los peligros, quiso prevenirlos todos, y, prevaleciéndose de ser más numerosas sus tropas, tanteó todo el frente y no se decidió por ningún punto; cuando trató de enmendar esta equivocación, era tarde: la supremacía moral de los austriacos se había fortalecido y nuevas tropas, victoriosas sobre los rusos, llegaron al frente de batalla. Perdió el generalísimo italiano un tiempo precioso, al contrario de como obraron los alemanes en el oeste y los rusos y austriacos en el este; y se creó en las fronteras italianas una situación análoga a la de los alemanes en el Aisne. Caso desusado, inesperado, al que no se encuentra explicación si sólo se razona desde el punto de vista de la doctrina y de los hechos.

Ese factor que no se ve con los ojos de la cara, es el que más ha contribuido a las victorias alemanas y a lo que se ha llamado *organización* alemana (que tiene muy poco de material) y el que da la clave del secreto de la impotencia italiana hasta ahora. Sólo hay un medio de vencerlo: una resolución rayana con la audacia, con lo que el vulgo llama desesperación; pero, volvemos al punto de partida: para tomar esa resolución y ejecutarla sin vacilar ni preocuparse de las consecuencias, es menester poseer un convencimiento que sólo nace cuando se tiene a favor propio la supremacía moral.

Hija en parte de la tradición militar, se la alcanza asimismo cuando año tras año se cultiva y se educa el alma del ciudadano, que será el soldado el día de la guerra.

III.—La retirada rusa y el plan alemán

Están lo bastante adelantadas las operaciones en Oriente, para que pueda formarse un juicio aproximado sobre la retirada rusa, comenzada a últimos de julio y no terminada todavía. En el primer período, hasta el 10 de agosto, la dirección general del repliegue tiene lugar hacia el E. El Gran Duque posee confianza en la resistencia de las plazas del Niemen y en la inexpugnabilidad de Ossovietz, y cree que los alemanes no rebasarán las fronteras orientales de Polonia; Mackensen avanza penosamente, y Brest Litovski no parece correr un peligro inminente. En otro concepto, si bien en Curlandia la caballería alemana amenaza Dvinsk y el Duina, los invasores no cuentan allá con fuerzas suficientes para lograr un éxito franco.

Pero cuando los ejércitos de Scholtz y Gallvitz derrotan a las tropas rusas en el Bug, y el príncipe Leopoldo de Baviera desvía al N. E. su dirección de marcha, exactamente lo mismo que Mackensen, el Gran Duque advierte por fin la finalidad del golpe que se prepara, y un torrente de hombres y cañones y material de todas clases se precipita de S. a N. Dueños, en efecto, los alemanes del bosque de Bielovieszk, al E. de Bielsk, el ejército del centro—Brest-Litovski,— el más numeroso, quedará cortado por el N., el enemigo obtendrá fácilmente una victoria decisiva en Curlandia, y la completa destrucción de las masas rusas sería un hecho. Tienen entonces lugar aquellas reacciones desde Riga a Dvinsk; se extrema la resistencia en el bosque de Bielovieszk; Kovno, Olita y Ossovietz, son mantenidas, a pesar de que están envueltas en las dos alas; y ante Brest-Litovski se vuelve a luchar con ardor. Una parte considerable del ejército consigue desfilarse hacia Vilna, mientras otra, la menor, cada vez más deshecha, no cesa de ser empujada hacia el E. Es verdad que los alemanes han cortado a primeros de agosto la línea rusa en tres partes, pero sacrificándose las empujadas en el frente de batalla, permiten a las de retaguardia escapar en la dirección salvadora. El alto mando alemán logra su primer objetivo, la conquista de todas las fortalezas; consigue el segundo, la derrota del ejército ruso desde Curlandia a Volinia y su retirada precipitada; pero no alcanza el tercero: el completo aniquilamiento de los rusos. Lo evitan, primero, las plazas fortificadas; después, la bravura de las retaguardias moskovitas, que se apoyan hábil-

mente en los obstáculos del terreno, en particular en el bosque de Bielovieszk.

¿Implica esto un fracaso del plan alemán? Ante todo, es axiomático que un ejército, tan fuerte o más que el atacante, que se apoya en una cortina de fortalezas, no puede ser derrotado en tanto no se le despoje de esos apoyos. Las victorias de Tannenberg, Lodz y Augustovo no rindieron todos sus frutos por encontrar a su espalda el vencido unas formidables plazas fuertes, a cuyo amparo pudo detener la persecución y reorganizarse. Con sólo que los alemanes hubieran visto coronados sus esfuerzos con la consecución de este objetivo, la campaña mereciera el nombre de brillantísima, porque es la primera vez que se registra en la historia, como declaré en otra *Crónica*, el caso estupendo de que se derrumbe una de las más formidables líneas de fortalezas que han visto los siglos, por sólo la maniobra estratégica de un ejército de operaciones, complementada, claro está, por los indispensables choques tácticos. Llevando más allá el alcance de su acción, el alto mando alemán no se satisface con este objetivo extraordinario, sino que lo hace mayor, derrotando a los ejércitos enemigos, privados ya de los abrigos en que se escudan. Llegan tarde a asestar el tercer golpe, y una parte, la mayor, de las tropas rusas se salva; no, empero, definitivamente, porque no en balde Alemania ha puesto en el N. un ejército en situación tal, que si no se acude enseguida contra él, quedarán aquellas desarmadas e impotentes. Viene entonces la última fase de la primera campaña y la inicial de la siguiente: el ejército del Czar ha evitado la crisis terrible de ser dividido y destruido en detalle, pero ello ha sido resignándose a tener que reunirse y concentrarse en la región de Vilna, donde todavía no se halla cubierto de verse obligado a aceptar una batalla decisiva; sólo si la empeña y triunfa, o si puede continuar y completar la retirada antes de entablar el combate, es cuando podrá considerarse en salvo; de todas maneras, más de la tercera parte de sus fuerzas ha quedado en girones en manos del adversario, tendida en los campos, o acomodada en los lechos de los hospitales.

Expuestos quedan los motivos, en lo que atañe a los rusos, de que no haya sobrevenido ya la decisión final de la guerra, que a ello hubiera equivalido la obtención del tercer objetivo. En lo que toca a los alemanes, la disposición general que dieron a sus ejércitos fué la adecuada para abatir la línea de fortalezas; mal podían establecer sus tropas del modo más conveniente para destruir al enemigo, cuando entre éste y aquellos se interponía un muro erizado de cañones, por cuya conquista debía comenzarse.

El centro de gravedad de las fuerzas rusas se encontraba en Siedlce, al E. de Varsovia. Fué menester lanzar un ejército numerosísimo, el de Mackensen, entre el Bug y el Vístula, para coger de flanco al grueso enemigo y moverle a la retirada. Por esa puerta abierta entre el Bug y el Vístula podía venir la muerte, y hacia ella corrieron regimientos y baterías, antes establecidos más al N. Previendo este hecho, dos ejércitos alemanes se habían apostado frente al Narev, y en el momento psicológico rompieron el frente moskovita, y el peligro, que parecía limitado al sector Lublin-Jolm, apareció de frente en el otro punto; la retirada se hizo inaplazable, y

con ella quedó sellada la suerte de las fortalezas. Por si no bastaba, otro ejército en Curlandia, precedido por intrépidas divisiones de caballería, se precipitó hacia la vía férrea Vilna-Dvinsk, produciendo tal dislocación en el frente ruso, que las demás plazas cayeron como piezas sueltas, desarticuladas, rotas. Si en vez de reunir los alemanes la masa principal de sus tropas entre Lomza y Jolm, destacando otro ejército a Curlandia, hubiesen reforzado este último, con menoscabo de aquellas, los hechos han demostrado que el primer objetivo no se lograra con tanta rapidez, o acaso estaría aún pendiente. Se necesitó de toda la energía de los soldados de Scholtz y Gallvitz y de los de Mackensen, para que las plazas del Vístula fueran evacuadas y amenazadas de envolvimiento las demás. De donde se infiere, que la disposición que el alto mando alemán dió a sus ejércitos fué, como es lógico y no podía menos de ser, la más en armonía con el primero y a todas luces más importante resultado que se proponía: barrer el frente defensivo ruso. Sobre esta ventaja, obtuvo la de una victoria general, gracias al papel de atracción, de imán, ejercido por Mackensen.

Llevando ahora la atención al S., no he de insistir otra vez en lo extraordinaria que resulta la actitud de Ivanov, permaneciendo tranquilo y a la expectativa mientras ejércitos invasores inmensos se van interponiendo entre él y el corazón de Rusia. Se necesita que Puhallo y Böhm Ermolli rompan resueltamente hacia Luzk y envuelvan su ala derecha, para que se rompa la especie de encantamiento que le tiene encadenado al Zlota Lipa. La maniobra se delinea claramente con dos semanas de antelación, pero hasta que se ejecuta no se conmueve Ivanov. Entonces, con la energía desesperada del náufrago que se ase a la tabla de la cual espera la salvación, corre, atropella al que se le pone delante, y es víctima de un descalabro que pudo evitarse antes, en cualquier momento. Es verdad que Ivanov ha inmovilizado cuatro ejércitos ante sí: tres austriacos y uno austro-alemán, el de Bothmer; pero los tales se encuentran en excelente posición para operar en Volinia o Besarabia, gozando de la ventaja moral de entrar en esas provincias persiguiendo a un enemigo derrotado, y no como invasores a quienes aguardan tropas intactas.

IV.—Las operaciones en el teatro oriental

Muy confusa se presenta la situación en el teatro oriental. Se ignora hace días dónde se encuentran algunos ejércitos alemanes, y los rusos han lanzado refuerzos a lugares donde no parece que debieran extremar sus esfuerzos.

En Curlandia no ha cambiado la posición respectiva de los beligerantes, si bien se acusa alguna ventaja de los alemanes al S. de Riga y una reacción de los rusos al N. O. de Vilna. La caballería alemana no ha interrumpido su actividad; es tanta, que nada tendría de extraño que el ejército de von Below sea bastante más débil de lo que se cree.

Las batallas más sangrientas se libran entre el Niemen y el Jasiolda, hecho a primera vista sorprendente, pero que se explica por lo que se dirá después. Los alemanes avanzan lentamente y sin interrupción en este sector, lo mismo que más al S., al

N. de los pantanos del Pripet, habiendo llegado a 50 kilómetros de Pinsk.

En Galizia Oriental, el Sereth viene a ser, en general, la línea que separa a los dos ejércitos. Algunos destacamentos austro-alemanes que pasaron a la orilla izquierda han sido rechazados a la opuesta, y en el centro de este frente los rusos, a pesar de ser rechazados, insisten en sus contraataques. Al N. de Galizia oriental, en Volinia, avanzan los austro-alemanes al E. de Luzk, tendiendo a envolver las plazas de Dubno y Rovno.

Apreciada en conjunto la situación, se observa que el ejército alemán está sirviendo de eje de giro, que el del centro—en el Niemen—se abre paso a lo largo de este río, y que los grupos del S. han oblicuado todavía más hacia el N. E., hasta el punto de que el ala derecha de Mackensen está, aproximadamente, en la vía férrea de Brest-Litovski a Pinsk. Queda, pues, interpuesta entre todos esos ejércitos alemanes del N. y los de Volinia y Besarabia, una región casi infranqueable—en parte ya ocupada por Mackensen—, o sea la de los pantanos de Rokitno o del Pripet, que cubren su flanco y le permiten volver su atención al N.

Según esto ¿se proponen los alemanes desarrollar un doble movimiento de flanco, hacia el N., en la dirección de Minsk, y hacia el S., acabando de envolver a los rusos de la Galizia oriental? ¿Tratan de concertar aquella maniobra con otra ejercida sobre Dvinsk para envolver al centro enemigo en el Niemen, donde está la masa principal de sus fuerzas, derrotarlo y arrojarlo de las provincias bálticas, empujándolo al interior del Imperio? Por el contrario ¿tratan únicamente los alemanes de llegar a una posición que les permita mantenerse a la defensiva y enviar al oeste un millón de hombres o más?

Difícil es contestar estas preguntas con probabilidades de acierto. La relativa lentitud de la ofensiva alemana desde el 25 de agosto puede interpretarse de dos modos: como última fase del avance, cuya terminación está muy próxima, o como preliminar de otra campaña tan vigorosa como la anterior. Antes de iniciarla, sería menester colocar las tropas en los puntos adecuados, muy diferentes de los que ocupaban como resultado de la primera campaña, y preparar nuevas líneas de etapa y bases secundarias, reconstruir los caminos y abrir otros nuevos, acopiar elementos de transporte, etc., todo lo cual requiere tiempo.

En la determinación que adopte el gran cuartel general alemán han de intervenir muchos factores: unos no se conocen, los más; y otros no pueden ser debidamente apreciados a distancia; no cabe más que una opinión general, basada en razones que están al alcance de cualquiera, y esto es lo que vamos a hacer.

El ejército ruso ha sido derrotado e inutilizado para la ofensiva en un plazo largo, muy largo, pero aún no ha recibido el golpe decisivo. Ello proviene de que las diferentes masas han sido vencidas simultánea o sucesivamente, y no en grupo principal de una vez. A medida que se acorta el frente, la posibilidad de un éxito de esta naturaleza tiene más probabilidades a su favor. Rusia ha sufrido un desastre, está humillada, pero no abatida. La interrupción de la ofensiva alemana devolvería a los moskovitas par-

te de la fuerza moral que han perdido; podrían jactarse, hasta cierto punto con razón, de que acudiendo al método de las retiradas son invencibles; y los alemanes, que en las últimas semanas no han obtenido ninguna brillante victoria, harían alto en la ocasión menos oportuna: la de haber asumido el Czar el mando personal de sus ejércitos. Aunque el propósito del invasor no sea el de extremar la ofensiva hasta sus últimos límites, razones militares de orden general y otras políticas aconsejan que persistan en ella hasta haber obtenido una victoria de consideración, cuyo lugar indicado parece deber encontrarse entre el N. de Vilna y el Niemen; a raíz de un éxito de resonancia, como los de Galizia y los que señalaron las fases de la campaña en Polonia y Lituania, la ocupación de una línea defensiva, semejante por su finalidad a los antiguos cuarteles de invierno, sería oportuna, si la estación estuviese lo bastante adelantada para entorpecer las operaciones en Rusia. Pero como todavía quedan más de dos meses de relativo buen tiempo, y el invierno es la época más favorable para reanudar las operaciones activas en Francia e Italia, es de creer que el avance alemán ha de proseguir y que aún estamos lejos de que se dé por terminada la campaña contra Rusia.

Menos probable es que no se despeje la situación en Galizia, Volinia y Besarabia. La invasión de Volinia en grande escala, tendría como consecuencia la evacuación por los rusos de la estrecha faja de Galizia oriental en que se sostienen, y un avance sobre Kiev, así como la entrada de los austro-húngaros en Besarabia serían acontecimientos de gran resonancia, en particular ahora que ya está roto prácticamente el enlace entre los ejércitos rusos del N. y los del S., enlazados por la excéntrica línea de Rovno a Vilna, que corre serio peligro de ser cortada por el invasor.

Se insiste mucho en la proximidad del invierno, que hará impracticables los movimientos de tropas en el este. Contra esta afirmación basta alegar los precedentes de la campaña napoleónica, y, sin remontarse tan lejos, los del año pasado. En noviembre y primera quincena de diciembre tuvo lugar la segunda ofensiva de Hindenburg en Polonia, cuya batalla más saliente fué la de Lodz. Es verdad que cuanto más se internen los austro-alemanes en territorio enemigo, tanto más difícil será organizar sus comunicaciones; pero la empresa no encierra dificultades supremas si consiguen acortar el frente de batalla, a lo que se tiende con el movimiento hacia el N. E. del ala derecha, mandada por Mackensen. En la Volinia, y más aún en la Besarabia, puede operarse hasta diciembre, tanto porque el clima es menos riguroso, como por lindar ambas provincias con Galizia austriaca, lo que favorece la organización de las líneas de etapa y de los convoyes.

Me inclino a creer, en resumen, que los alemanes no piensan por ahora en interrumpir su avance ofensivo. Poco a poco se delinea la doble maniobra envolvente antes expuesta, a la que se prestan los rusos con su contraofensiva en Galizia y con su tenaz resistencia en el Niemen. No es aventurado decir que más convendría a sus armas una retirada general al interior, donde podrían reorganizarse sin temor de que el invasor llegara hasta ellos; el empeño en presentar combate y no retroceder sino

cuando se les obliga por la fuerza, y el acto de salir el soberano a campaña, revela, por una parte, que la pretendida falta o escasez de municiones fué un tópico para justificar la derrota, y, por otra, que la situación interior del Imperio no es tan sólida que permita la resolución, militarmente salvadora, de replegarse sin combatir, abandonando al invasor las provincias más ricas e industriales de Rusia.

El relevo del Gran Duque Nicolás y su destino al Cáucaso es la mejor confirmación, la más explícita, de cuanto vengo diciendo sobre el alcance de la derrota rusa. Los hechos no admiten atenuaciones; no en vano se pierden todas las fortalezas y se permite al enemigo adueñarse de muchos centenares de kilómetros cuadrados de terreno. Ejército que es víctima de tales reveses y abandona además centenares de miles de prisioneros, puede defenderse todavía con la energía de la desesperación, pero sólo el tiempo indispensable para que el vencedor efectúe una nueva agrupación de sus fuerzas y ultime los preparativos de la campaña decisiva. En resolución, insisto en que no se advierten indicios de que los alemanes vayan a dar por terminadas las maniobras que con tanto éxito están desarrollando en el teatro oriental desde el 30 de abril, y que antes de suspenderlas tratan de librar otra batalla contra la masa principal de las fuerzas enemigas. Antes de que termine este mes se habrá alzado el velo que oculta los propósitos del gran cuartel general alemán.

V.—La situación el 13 de septiembre

A pesar de las demandas de apoyo que llegan de Rusia, los franco-ingleses no abandonan su actitud defensiva. Para confirmarlos en ella, los alemanes han atacado en Souchez y en el bosque del Argona, habiendo obtenido una pequeña ventaja en este último punto, donde han cogido dos mil prisioneros. Reina completa calma en las líneas inglesas, y en el resto del frente la actividad se reduce a duelos intermitentes de artillería y a ataques aéreos, con el insignificante resultado de costumbre. Los zeppelines no cesan de bombardear las costas inglesas, habiendo extendido su acción a la misma capital, Londres.

La situación es estacionaria en el frente austro-italiano. Por primera vez, los austriacos han emprendido un ataque, con fuerzas relativamente importantes. Si el otoño no trae otras novedades, poco deberán la estrategia y la táctica a los generales italianos. En cambio, habrá mucho que aprender en la organización defensiva de la línea austriaca, desde Goritzia al mar, el día que sea conocida.

Los periódicos ingleses describen con minuciosos pormenores los combates de mediados de agosto en los Dardanelos, originados por la segunda tentativa de avance desde las bahías de Anafarta y Anzac. Se buscaba la posesión de dos espolones o estribaciones de la línea de alturas que forma, en aquella parte, la espina dorsal de la península de Gallípoli. Destrozadas las tropas australianas y neo-zelandesas en las batallas que siguieron inmediatamente al desembarco, la segunda tentativa corrió a cargo de varias divisiones inglesas, de la metrópoli. Una de ellas, en particular, que emprendió un ataque al anochecer del día 21, fué casi totalmente destruída y abandonó sus muertos y heridos. Los turcos evalúan en 50,000 las bajas padecidas por el ejército británico en esta ocasión, pero aunque la cifra sea exagerada y se reduzca a la mitad, siempre resultará que el descalabro fué de verdadera consideración. Es digno de notarse que aquellos periódicos reconocen que hasta mediados de octubre sólo dispusieron los turcos de algunos batallones en aquella región, y que los otomanos han adoptado, en los momentos críticos, el método de abandonar sus trincheras, y cargar de flanco, cuando en el acto del asalto y de la entrada en las defensas evacuadas, se rompe la cohesión del asaltante y se engendra en sus filas la inevitable confusión. Si los turcos han recobrado en estos combates su antigua reputación de extraordinarios guerreros en la defensa de posiciones, los ingleses están demostrando que poseen una bravura excepcional, a prueba de descalabros y rodeados de un medio que les es muy desventajoso, por el clima y por lo precario de las comunicaciones.

Se ha señalado la presencia de submarinos alemanes en el Atlántico oriental y en el Mediterráneo. No se sabe si algunos submarinos ingleses continúan en el mar de Mármara.

En el frente oriental, ha aumentado la intensidad de las batallas al E. de Grodno y en Curlandia; los austriacos se han apoderado de Dubno, la segunda de las plazas fuertes que protegen la Volinia, y han invadido la región limítrofe de la Besarabia. Se acentúa, pues, el movimiento envolvente por el N. del extremo de la Galizia oriental, a pesar de lo cual sigue luchando obstinadamente el general Ivanov en el Sereth y cerca del Dniester.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

13 septiembre 1915.